

terror de Bonaparte, que habían tomado por un Tito al destructor de Lyon. Por espacio de mas de tres meses los salones de Saint-Germain me miraron como un descreído, porque desaprobaba el nombramiento de sus ministros. Estas pobres gentes se habían prosternado ante los intrusos, mas no por eso metían menos ruido con su nobleza, con su odio á los revolucionarios, con su fidelidad á toda prueba y con la inflexibilidad de sus principios, y adoraban á Fouché.

Este había conocido la incompatibilidad de su existencia ministerial con el juego de la monarquía representativa; como no podía amalgamarse con los elementos de un gobierno legal, intentó hacer los elementos políticos homogéneos á su propia naturaleza. Había creado un terror ficticio; suponiendo peligros imaginarios, pretendía forzar la corona á reconocer las dos cámaras de Bonaparte, y aun se murmuraban algunas palabras sobre la necesidad de desterrar á *Monsieur* y á sus hijos: la obra maestra hubiera sido aislar al rey.

Entre tanto continuaba el engaño; en vano la guardia nacional de París llegaba á protestar de su adhesión, y se aseguraba que esta guardia estaba mal dispuesta. La facción había hecho cerrar las barreras, á fin de impedir al pueblo que permaneció realista durante los Cien-Días, que saliera de la ciudad, y se decía que este pueblo amenazaba degollar á Luis XVIII cuando pasara. La seguridad era milagrosa, pues el ejército francés se retiraba sobre el Loira; ciento cincuenta mil aliados ocupaban los puestos exteriores de la capital, y aun se pretendía que el rey no era bastante fuerte para penetrar en una ciudad donde no había un soldado, y si solo vecinos muy capaces de contener á un puñado de federados si se hubieran atrevido á moverse. Desgraciadamente el rey, por un conjunto de coincidencias fatales, parecía el jefe de los ingleses y de los prusianos; creía estar rodeado de libertadores, y estaba acompañado de enemigos; parecía defendido por una escolta de honor, y esta escolta no era otra cosa en realidad mas que los gendarmes que le conducían fuera de su reino, y atravesaba á París en compañía de extranjeros cuyo recuerdo serviría un día de pretexto para el destierro de su raza.

El gobierno provisional formado despues de la abdicación de Bonaparte fue disuelto por una especie de acta de acusación contra la corona: piedra sobre la cual se esperaba edificar un día una nueva revolución.

En la primera restauración era yo de parecer que se conservase la escarapela tricolor, pues brillaba con toda su gloria, y la blanca estaba olvidada: conservando colores que habían legitimado tantos triunfos, no se preparaba para una revolución previsoramente una señal de reunión. No tomar la escarapela blanca hubiera sido prudente; abandonarla despues que había sido llevada por los mismos granaderos de Bonaparte, era una cobardía: no se pasa impunemente bajo las horcas caudinas; lo que deshonra es funesto; una bofetada no os causa físicamente ningún daño, y sin embargo os mata.

Antes de salir de Saint-Denis fui recibido por el rey, y tuve con él la conversación siguiente:

—«Y bien! me dijo Luis XVIII abriendo el diálogo por esta exclamación.

—«Con que tomáis al duque de Otranto, señor.

—«Ha sido preciso; desde mi hermano hasta el bailío de Crussol (y este no es sospechoso), todos decían que no podíamos obrar de otro modo: ¿qué pensáis de ello?

—«Señor, la cosa está ya hecha, y pido á V. M. permiso para callarme.

—«No, no, hablad: ya sabeis cuánto he resistido desde Gante.

—«Señor, no hago mas que obedecer vuestras ór-

denes; perdonad mi fidelidad: creo terminada la monarquía.»

El rey guardó silencio, y yo comenzaba á temblar de mi atrevimiento, cuando S. M. repuso:

—«Pues bien, Sr. de Chateaubriand; soy de vuestro parecer.»

Este diálogo termina mi relación de los Cien-Días.

Revisado en diciembre de 1846.

BONAPARTE EN MALMAISON. — ABANDONO GENERAL.

Si un hombre fuese transportado repentinamente desde las escenas mas ardientes de la vida á la orilla silenciosa del Océano helado, experimentaría lo que yo experimento cerca de la tumba de Napoleon; porque he nos aquí llegados al borde de esa tumba.

Habiendo salido Napoleon de París el 29 de junio, esperaba en Malmaison el instante de su marcha de Francia.

El palacio de Malmaison estaba vacío. Josefina había muerto, y Bonaparte se encontraba solo en este retiro, donde había comenzado su fortuna, donde había sido feliz, donde se había embriagado con el incienso del mundo, donde había dictado las órdenes que conturbaban la tierra. En estos jardines donde poco antes los piés de la multitud se imprimían en sus calles enarenadas, crecían ahora la yerba y los espinos: faltos de cuidado, perecían los árboles exóticos: en los canales no bogaban ya los cisnes negros de la Oceanía: la pajarera no encerraba ya las aves del trópico, que habían volado para ir á esperar á su huésped en su patria.

Bonaparte pudo, sin embargo, encontrar un motivo de consuelo volviendo los ojos hácia sus primeros días: los reyes caídos se afligen sobre todo porque no ven en el momento de su caída mas que un esplendor hereditario y las pompas de su cuna; pero, ¿qué descubría Napoleon anteriormente á sus prosperidades? El establo de su nacimiento en una aldea de Córcega. Mas magnánimo y arrojando el manto de púrpura, debió revestir con orgullo el sayon del cabrero; pero los hombres no se vuelven á colocar en su origen cuando este fue humilde, y parece que el injusto cielo les priva de su patrimonio cuando en la lotería de la suerte no hacen mas que perder lo que habían ganado: sin embargo, la grandeza de Napoleon viene de lo que había salido de sí mismo, pues nada de su sangre le había precedido ni preparado su poder.

Al aspecto de estos jardines abandonados, de estos aposentos deshabitados, de estos salones donde habían cesado los cantos y la música, Napoleon podía repasar toda su carrera y preguntarse si con una poca más de moderación no habría conservado sus felicidades. Extranjeros ni enemigos, no le desterraban ahora, ni se iba casi vencedor dejando á las naciones admiradas despues de la prodigiosa campaña de 1814, sino que franceses y amigos, exigían su abdicación inmediata, apresuraban su marcha; no le querían ya ni por general, y le despachaban correos sobre correos para obligarle á abandonar el suelo sobre que había vertido tanta gloria como desgracias.

A esta lección tan dura se unían otras advertencias: los prusianos rodaban por las cercanías de Malmaison, y Blücher, medio ebrio, ordenaba agarrar y ahorcar al conquistador que *había puesto el pie sobre el cuello de los reyes*. La rapidez de las fortunas, la vulgaridad de las costumbres, la prontitud de la elevación y caída de los personajes modernos, temo que quitará á nuestro tiempo una parte de la nobleza de la historia: Roma y Grecia no hablaron nunca de *ahorcar* á Alejandro ni á César.

Las escenas que habían tenido lugar en 1814 se re-

novaron en 1815, pero de una manera algo mas chocante, porque los ingratos estaban estimulados por el miedo: era preciso deshacerse pronto de Napoleon, porque los aliados llegaban: Alejandro no estaba allí en el primer momento para templar el triunfo y contener la insolencia de la fortuna. París había cesado de estar adornado con su corona de inviolabilidad, pues una primera invasión la había manchado: ya no era la cólera de Dios la que caía sobre nosotros, sino el desprecio del cielo: el rayo se había apagado.

Todas las miserias habían adquirido en los Cien-Días un nuevo grado de indignidad: afectando elevarse por amor á la patria, sobre las adhesiones personales, gritaban que Bonaparte había sido demasiado criminal en violar los tratados de 1814; pero los verdaderos culpables, ¿no eran aquellos que favorecieron sus designios? Si en 1815, en vez de proporcionarle ejércitos despues de haberle abandonado una vez para abandonarle otra, le hubiesen dicho cuando llegó á las Tullerías: —«Vuestro genio os ha engañado, y la opinión no es ya vuestra; tened lástima de la Francia. Retiraos despues de esta última visita á la tierra, y marchaos á vivir á la patria de Washington. ¿Quién sabe si los Borbones no cometerán faltas? ¿Quién sabe si un día la Francia no volverá los ojos hácia vos, cuando en la escuela de la libertad hayais aprendido el respeto á las leyes? Entonces volveréis, no como raptor que cae sobre su presa, sino como gran ciudadano pacificador de su país.»

Pero no le hablaron este lenguaje: prestáronse á las pasiones de su jefe, y contribuyeron á cegarle seguros como estaban de aprovecharse de su victoria ó de su derrota. Solo el soldado murió por Napoleon con una sinceridad admirable. Y si los visires del califa despojador se hubiesen contentado con volverle la espalda! Pero no; se aprovechaban de sus últimos momentos; le apuraban con sórdidas pretensiones, y todos querían sacar dinero de su pobreza.

Bonaparte había dado lugar á este completo abandono: insensible á las penas de los demás, el mundo le devolvió indiferencia por indiferencia. Asi como la mayor parte de los déspotas, estaba bien con su domesticidad, aun cuando en el fondo; hombre solitario, se bastaba á sí propio.

Cuando recojo mi memoria; cuando recuerdo haber visto á Washington en su pequeña casa de Filadelfia y á Bonaparte en sus palacios, me parece que Washington, retirado en su campo de la Virginia, no debía experimentar las angustias de Bonaparte esperando el destierro en sus jardines de Malmaison. Nada había cambiado en la vida del primero que volvía á sus hábitos modestos, que no se había elevado sobre la felicidad de los colonos, á quienes había dado la libertad; pero todo estaba trastornado en la vida del segundo.

SALIDA DE MALMAISON. — RAMBOUILLET. — ROCHEFORT.

Napoleon salió de Malmaison acompañado de los generales Bertrand, Rovigo y Becker, este último en calidad de vigilante ó de comisario. En el camino le entró gana de detenerse en Rambouillet, de donde salió para embarcarse en Rochefort, como Carlos X para embarcarse en Cherbourg: Rambouillet, retiro sin gloria, donde se eclipsó lo que hubo de mas grande en la raza y en el hombre; lugar fatal, donde murió Francisco I; donde Enrique III, huyendo de las barricadas, se acostó vestido y de paso donde Luis XVI ha dejado su sombra! ¡Felices Luis, Napoleon y Carlos, si no hubiesen sido mas que oscuros pastores de los rebaños de Rambouillet!

En Rochefort vacilaba Napoleon, pero la comisión ejecutiva enviaba órdenes sobre órdenes diciendo: «Las guarniciones de Rochefort y de la Rochela deben

prestar auxilio para hacer embarcar á Napoleon. Emplead la fuerza... haceldle marchar... sus servicios no pueden ser aceptados.»

¡Los servicios de Napoleon no podían ser aceptados! ¿Pues no aceptásteis sus beneficios y sus cadenas? Napoleon no se iba, sino que era echado; y por quién?

Bonaparte solo había creído en la fortuna, y ahora una justa pena del talion le hacia comparecer ante su sistema. Cuando el triunfo, cesando de animar su persona, se encarnó en otro individuo, los discípulos abandonaron el maestro por la escuela. Yo que creo en la legitimidad de los beneficios y en la soberanía de la desgracia, si hubiese servido á Bonaparte, no le habría abandonado antes por el contrario le habría probado por mi fidelidad la falsedad de sus principios políticos; compartiendo sus desgracias, hubiera permanecido á su lado, como un mentís vivo de sus estériles doctrinas y del poco valor del derecho de la prosperidad.

Desde el 1.º de julio le esperaban unas fragatas en la rada de Rochefort, pero esperanzas que no mueren jamás, recuerdos inseparables del último adiós, le detuvieron. ¿Cuánto debía echar de menos los días de su infancia, cuando sus ojos serenos aun no habían visto caer la primera lluvia! Dió tiempo á la escuadra inglesa de acercarse. Aun podía haberse embarcado en un lugre que lo trahordaría á un buque danés (este partido fue el que tomó su hermano José); pero le faltó resolución al mirar las costas de Francia. Tenía aversión á una república y le repugnaban la igualdad y la libertad de los Estados-Unidos. Inclínabase á pedir un asilo á los ingleses, y decía á los que le consultaban: «¿Qué inconveniente encontráis en ese partido? — El inconveniente de deshonraros, le respondió un oficial de marina; ni siquiera debeis caer entre manos de ingleses, pues os harán empalar para enseñaros á un schelling por cabeza.»

BONAPARTE SE REFUGIA EN LA ESCUADRA INGLESA. — ESCRIBE AL PRINCIPE REGENTE.

A pesar de estas observaciones, el emperador resolvió entregarse á sus vencedores. El 13 de julio, estando ya en París Luis XVIII hacia cinco días, Napoleon envió al capitán del navío inglés el *Belerofonte* esta carta para el príncipe regente:

«Alteza real, blanco de las facciones que dividen mi país, y de la enemistad de las mas grandes potencias de la Europa, he terminado mi carrera política, y vengo, como Temistocles, á sentarme al hogar del pueblo británico. Yo me pongo bajo la pretección de sus leyes, que reclamo de V. A. R. como del mas poderoso, mas constante y mas generoso de mis enemigos.

Rochefort 15 de julio de 1815.

Si por espacio de veinte años no hubiera llenado Bonaparte de ultrajes al pueblo inglés, á su gobierno, á su rey y al heredero de este rey, se habría podido encontrar alguna conveniencia de tono en esta carta; pero cómo esta *Alteza real* tan insultada, tan despreciada de Napoleon, se convierte de pronto en el mas poderoso, el mas constante, el mas generoso de sus enemigos, por la única razón de que es victorioso? El no podía estar persuadido de lo que decía, y lo que no es verdad no es elocuente.

Algo peor que una falta de sinceridad hay en el paso dado por Bonaparte; hay el olvido de la Francia. El emperador solo se ocupa de su catástrofe individual, y nada son los franceses ante sus ojos. Sin pensar que al dar la preferencia á la Inglaterra sobre la América, la elección era un ultraje al luto de la pa-

tría, solicitó un asilo del gobierno que hacia veinte años concitaba á la Europa contra la Francia, de ese gobierno, cuyo comisionado en el ejército ruso, el general Wilson, excitaba á Kutuzoff en la retirada de Moscou, para que acabase de exterminar su ejército. Los ingleses, afortunados en la batalla final, acampaban en el bosque de Boulogne. ¡Id, pues, oh Temístocles, á sentaros tranquilamente en el hogar británico, mientras que la tierra no ha acabado de absorber aun la sangre francesa derramada por vos en Waterloo! ¿Qué papel hubiera hecho el fugitivo, festejado tal vez, á orillas del Támesis, enfrente de la Francia invadida, de Wellington hecho dictador en el Louvre? Pero los ingleses, dejándose llevar de una política mezquina y rencorosa, perdieron su último triunfo: en vez de perder al suplicante, admitiéndolo en sus cárceles ó en sus festines, le hicieron más brillante para la posteridad la corona que creían haberle arrebatado. En el cautiverio creció con el enorme terror de las potencias, y en vano le encadenaba el Océano: la Europa armada acampaba á la orilla con los ojos fijos en el mar.

BONAPARTE Á BORDO DEL BELEROFONTE.—TORBAY.—ACTA QUE CONFINA Á BONAPARTE Á SANTA ELENA.—SE TRASBORDA AL NORTHUMBERLAND, Y SE DA Á LA VELA.

El 15 de julio transportó el *Epervier* á Napoleon al *Belerofonte*. La embarcacion francesa era tan pequeña, que desde á bordo del buque inglés no se distinguía el gigante sobre las olas. Al acercarse el emperador al capitán Maitland, le dijo: «Vengo á ponerme bajo la proteccion de las leyes de Inglaterra.» Una vez al menos, el conculcador de las leyes confesaba su autoridad.

La escuadra hizo rumbo hácia Torbay: una multitud de barcas cruzaban alrededor del *Belerofonte*. El 30 de julio entregó lord Keith al requirente el decreto que le confinaba á Santa Elena. «Esto es peor que la jaula de Tamerlan,» dijo Napoleon.

Esta violencia del derecho de gentes y del respeto á la hospitalidad, era irritante. El que nace en un buque de cualquiera clase con tal que esté á la vela es considerado como inglés de nacion y con arreglo á las antiguas costumbres de Lóndres las olas están reputadas como tierra de Albion. Y un navio inglés dejó de ser en este caso ara inviolable para un suplicante, y no puso bajo la proteccion del tridente inglés al grande hombre que abrazó la popa del *Belerofonte*! Bonaparte protestó y argumentó con leyes, y habló de traicion y de perfidia, y apeló al porvenir. ¿Le sentaba esto bien? ¿No había hollado en su fortuna las cosas santas: cuya garantía invocaba? ¿No había arrebatado él á Toussaint-Louverture y al rey de España? ¿No había hecho prender y retener prisioneros por espacio de años, á los viajeros ingleses que se hallaban en Francia en el momento de la ruptura del tratado de Amiens? ¿Permitase, pues, á la mercantil Inglaterra imitar lo que él mismo había hecho, y usar de innobles represalias!

En Bonaparte no correspondia la grandeza del corazon con las dimensiones de la cabeza. Sus querellas con los ingleses son deplorables é irritan á lord Byron. ¿Cómo se dignó honrar con una palabra á sus carceleros? Se padeció mucho al verio rebajarse á conflictos de palabras con lord Keith en Torbay, con ser Hudson Lowe en Santa Elena, y regatear sobre un título y sobre un poco mas ó menos de oro y de honores.

Reducido á sí mismo, Bonaparte estaba reducido ó su gloria, y esto debía bastarle: nada debía haber pedido á los hombres: no trataba bastante despóticamente á la adversidad, y bien se le hubiera perdonado hacer de esta su último esclavo. Yo no encuentro nada notable en su protesta contra la violacion de la hospitalidad, sino la firma que terminaba: *A bordo*

del *Belerofonte*, en la mar, Napoleon. En estas armonías se ve la inmensidad.

Del *Belerofonte* se trasbordó Napoleon al *Northumberland*, escoltado por dos fragatas que conducian la futura guarnicion de Santa Elena: algunos oficiales de esta guarnicion habian combatido en Waterloo. Por un artículo de las instrucciones del capitán, Bonaparte debía ser desarmado: ¡Napoleon, solo, prisionero en un navio, en medio del Océano, desarmado! ¡Qué magnifico terror de su poder; pero también qué leccion del cielo para los hombres que abusan de su poderío! El estúpido almirantazgo trataba como un sentenciado de Botany-Bay á la gran concepcion de la raza humana: ¿el príncipe Negro hizo desarmar al rey Juan?

La escuadra levó áncoras. Desde la barca que condujo á César, ningun buque estuvo cargado con un destino semejante. Bonaparte se acercaba á esa mar de los milagros, por donde se habia visto pasar el árabe del Sinai. La última tierra de Francia que descubrió Napoleon fue el Cabo la Hogue; otro trofeo de los ingleses.

El emperador se engañaba por lo tocante al interés de su memoria al manifestar deseos de que le dejaran permanecer en Europa, donde no habria tardado en ser un prisionero vulgar ó envilecido: su mision habia ya terminado; pero mas allá de los límites de esta le esperaba una nueva posicion en la que podia rejuvenecerse con nueva celebridad. Ninguno de los hombres que han agitado el universo ha tenido un fin semejante al de Napoleon. No le proclamaron como en su primera caída autócrata de algunas minas de hierro ó canteras de metal, á propósito las unas para forjar una espada, y las segundas una estatua: dejáronle sobre una roca en cuya cima permaneció como un águila hasta su muerte acechando el universo, y siendo á su vez visto de todo el mundo.

JUICIO SOBRE BONAPARTE.

En el momento en que Bonaparte sale de Europa y abandona su vida para ir á buscar los destinos de su muerte, conviene examinar este hombre en sus dos existencias, pintar el falso y el verdadero Napoleon: ambos se confunden y forman un todo de la mezcla de su realidad y su mentira.

De esta reunion resulta que Bonaparte era un poeta en accion, un genio inmenso en la guerra, un espíritu infatigable, hábil y sensato en la administracion, y un legislador laborioso y razonable. Por eso hiere tanto la imaginacion de los pueblos, y tiene tanta autoridad sobre el juicio de los hombres positivos. Mas como político, siempre será un hombre defectuoso á los ojos de los hombres de Estado. Esta observacion, que se ha escapado á la mayor parte de sus panegiristas, estoy convencido de que llegará á ser la opinion definitiva que explicará el contraste de sus acciones prodigiosas y de sus miserables resultados. En Santa Elena, el mismo condenó con severidad su conducta política sobre dos puntos; la guerra de España y la guerra de Rusia, y aun pudo extender su confesion á otras culpas. Sus entusiastas no sostendrán tal vez que, al criticarse, se ha engañado á sí mismo. Recapitulemos: Bonaparte obró contra toda prudencia, sin que hablemos otra vez de lo odioso de la accion, mandando al duque de Enghien. A pesar de los pueriles apologistas, esta muerte, como ya hemos visto, fue la causa secreta de las discordias que estallaron en lo sucesivo entre Alejandro y Napoleon como entre la Rusia y la Francia.

La empresa sobre España fue completamente impolítica; la península era del emperador, y podia sacar de ella el partido mas ventajoso; pero en lugar de esto, hizo de ella una escuela para los soldados ingle-

ses, y el principio de su propia destruccion por el levantamiento de un pueblo.

La detencion del papa y la reunion de los Estados de la Iglesia á la Francia, no fue mas que un capricho de la tiranía, por el cual perdió la ventaja de pasar por restaurador de la religion.

Bonaparte no se contuvo despues de haberse desposado con la hija de los Césares, como debió hacerlo; la Rusia y la Inglaterra le pedian gracia.

No dió vida á la Polonia, cuando del restablecimiento de este reino dependia la salvacion de la Europa.

Y se precipitó sobre la Rusia á pesar de las representaciones de sus generales y de sus consejeros.

Prosiguiendo en su locura, pasó mas allá de Smolensk, cuando todo le decia que no debía ir mas lejos; que su primera campaña del Norte estaba concluida, y que la segunda (él mismo lo decia) le haria señor del imperio de los Czares.

No supo ni computar los dias, ni prever el defecto de los climas, que todo el mundo en Moscou computaba y previa. Véase en su lugar lo que he dicho del bloqueo continental y de la confederacion del Rin! el primero, concepcion gigantesca, pero acto dudoso; la segunda, obra considerable, pero maleada en la ejecucion por el instinto de campamento y el espíritu de fiscalizacion. Napoleon recibió en donativo la vieja monarquía francesa, tal como la habian hecho los siglos, y una sucesion no interrumpida de grandes hombres, tal como la habian dejado la magestad de Luis XIV y las alianzas de Luis XV; tal como la habia engrandecido la república. Sentóse sobre este magnífico pedestal; extendió los brazos, asió á los pueblos, y los reunió enredador suyo; pero perdió la Europa con tanta prontitud como la habia tomado, y llevó dos veces á Paris los aliados, á pesar de los milagros de su inteligencia militar. Tenia el mundo á sus pies, y de él no supo sacar mas que una cárcel para sí mismo, un destierro para su familia, y la pérdida de todas sus conquistas y de una porcion del antiguo suelo francés.

Esta es la historia autorizada con los hechos que nadie podría negar. ¿De dónde nacen las faltas que acabo de indicar, seguidas de un desenlace tan pronto y tan funesto? Nacian de la imperfeccion de Bonaparte en política.

En sus alianzas no encadenaba á los gobiernos sino por concesiones de territorio cuyos límites no tardaba en cambiar: descubriendo sin cesar el pensamiento oculto de recoger lo que habia dado; haciendo sentir siempre la opresion de sus invasiones, nada reorganizaba, excepto la Italia. En vez de detenerse despues de cada paso para reedificar en otra forma lo que habia destruido, jamás alteraba su movimiento de progresion entre las ruinas, y marchaba tan ligero, que apenas tenia tiempo para respirar por donde pasaba. Si por una especie de tratado de Westphalia hubiera arreglado y asegurado la existencia de los Estados, en Alemania, en Prusia, en Polonia, en su primera marcha retrógrada, se hubiera encontrado con poblaciones satisfechas que le habrian proporcionado auxilios. Pero su poético edificio de victorias, falto de bases y suspendido únicamente en el aire por su genio, cayó cuando este comenzó á retirarse. El macedonio fundaba sus imperios corriendo: Bonaparte corriendo no sabia mas que destruirlos: su único objeto era ser personalmente señor del globo, sin ocuparse de los medios para conservarlo.

Se ha querido hacer de Bonaparte un ser perfecto, un tipo de sentimiento, de delicadeza, de moral y de justicia; un escritor como César y Tucídides; un orador y un historiador, como Demóstenes y Tácito. Los discursos públicos de Napoleon y sus frases de campamento son tanto menos inspiradas por el soplo profético, cuanto que anunciaban desgracias que no se cumplieron; en tanto que él si ha desaparecido. Bonaparte ha sido verdaderamente el destino durante

diez y seis años: el destino es mudo, y Bonaparte hubiera debido serlo. Bonaparte no era César; su educacion ni era sabia ni escogida, y medio extranjero, ignoraba las primeras reglas de nuestro idioma. ¿Qué importa eso, si daba la voz de mando al universo? Sus boletines tienen la elocuencia de la victoria, y algunas veces, en la embriaguez del triunfo, afectaba escribirlos sobre un tambor: de en medio de los mas lúgubres acentos partian fatales carcajadas. Yo he leído con atencion lo que ha escrito Bonaparte; los primeros manuscritos de su infancia, sus novelas, sus folletos á Buttafuoco, la *Cena de Beaucaire*, sus cartas secretas á Josefina, los cinco volúmenes de sus discursos, de sus órdenes y de sus boletines, y sus despachos inéditos, mejorados por la redaccion de los escritores de Mr. de Talleyrand, nada he encontrado entre ellos sino un autógrafo dejado en la isla de Elba, el cual contiene pensamientos que parecen propios del gran insular.

«Mi corazon se niega á las alegrías comunes como al dolor ordinario.»

«No habiéndome dado la vida, tampoco me la quitaré, en tanto que ella quiera residir en mí.»

«Mi ángel malo se me apareció, y me anunció mi fin, que he encontrado en Leipsick.»

«Yo he conjurado el terrible espíritu de novedad que recorría el mundo.»

Esto es ciertamente del verdadero Napoleon.

Si sus boletines, discursos, alocuciones y proclamas se distinguen por la energia, esta no le pertenecia en propiedad exclusiva, pues era de su tiempo y venia de la inspiracion revolucionaria que se debilitó en Bonaparte, porque marchaba á la inversa de la tal inspiracion, Danton decia: «El metal hierve, y si no cuidais del hornillo, todos os abrasareis.» Saint-Just decia: «¡atreveos!» Esta palabra contiene toda la política de nuestra revolucion; los que hacen revoluciones á medias solo cavan un sepulcro.

¿Podrá encontrarse mas altivez de expresion en los boletines de Bonaparte?

En cuanto á los numerosos volúmenes publicados con el título de *Memorias de Santa Elena*, *Napoleon en el destierro*, etc., etc; estos documentos recogidos de boca de Bonaparte, ó dictados por él á diferentes personas, tienen algunos hermosos pasajes sobre acciones de guerra, algunas apreciaciones notables sobre ciertos hombres; pero, en definitiva, Napoleon solo se ha ocupado en ellos de hacer su apología, justificar su pasado, construir sobre ideas gastadas sucesos consumados, y cosas en las que jamás habia pensado durante el curso de los acontecimientos. En esta compilacion, donde el pró y el contra se suceden á cada paso, es difícil separar lo que corresponde á Napoleon de lo que pertenece á sus secretarios. El dictaba su historia tal como queria dejarla; era un autor escribiendo artículos sobre su propia obra. Nada, pues, mas absurdo que extasiarse en repertorios de todas manos, que no son, como los *Comentarios de César*, una obra corta, producto de una gran cabeza, redactada por un escritor superior; y sin embargo, estos *Comentarios*, como pensaba Asinio Pollion, no eran ni exactos ni fieles. El *Memorial de Santa Elena* es bueno para el candor y para la sencillez de la admiracion.

Una de las cosas que mas ha contribuido á hacer odioso á Napoleon durante su vida, era su inclinacion á recomponer todo: en una ciudad abrasada daba unos decretos sobre el restablecimiento de algunos cómicos, y otros que suprimian monarcas; parodia de la omnipotencia de Dios, que arregla la suerte del mundo y de una hormiga. A la caída de los imperios mezclaba insultos á mujeres; complacía en la humillacion de lo que habia abatido, y calumniaba y heria particularmente á todo lo que habia osado resistirle. Su arrogancia igualaba á su fortuna, y creía

aparecer tanto mas grande, cuanto mas rebajaba á los otros. Envidioso de sus generales, les acusaba de sus propias faltas, porque él jamás habia podido cometerlas. Despues del desastre de Ramillies, no habria dicho como Luis XIV al mariscal de Villeroy: «Señor mariscal, á nuestra edad ya no es uno afortunado.» ¡Interesante magnanimidad que ignoraba Napoleón! El siglo de Luis XIV estaba hecho para Luis el Grande, y Bonaparte hizo el suyo.

La historia del emperador, trocada por tradiciones falsas, tambien será falseada por el estado de la sociedad en la época imperial. Toda revolucion escrita en presencia de la libertad de la prensa, puede dejar que la vista penetre hasta los hechos, porque cada cual los refiere como los ha visto: el reinado de Cromwell es conocido, porque se decia al protector lo que se pensaba de sus actos y de su persona. En Francia aun bajo la república, á pesar de la inexorable censura del verdugo, la verdad traspasaba, la facción triunfante no era siempre la misma, que tambien sucumbia, y entonces la vencedora os enseñaba lo que os ocultara la anterior: habia libertad de un cadalso á otro, entre dos cabezas cortadas. Pero cuando Bonaparte se apoderó del poder; cuando el pensamiento fue embaljado; cuando solo se oyó la voz de un despotismo que no hablaba sino para elogiarse y que no permitia hablar de otra cosa mas que de él, la verdad desapareció.

Las piezas que se llaman á sí propias auténticas de este tiempo están corrompidas; nada se publicaba, ni libros, ni periódicos, sino por orden del amo: Bonaparte corregia los artículos de *El Monitor*, y los prefectos remitian de los diversos departamentos las congratulaciones y felicitaciones tales como las autoridades de París las habian dictado y transmitido, tales como expresaban una opinion pública convenida, enteramente diversa de la opinion real. ¡Escribid la historia conforme á tales documentos! En prueba de vuestros imparciales estudios, cotejad los auténticos, y solo encontrareis una mentira en apoyo de otra.

Si pudiera ponerse en duda esta impostura universal; si hombres que no han visto los dias del imperio se obstinasen en tener por sincero lo que hallasen en los documentos impresos ó lo que desenterrasen de ciertos legajos de los ministerios, bastaria apelar á un testimonio irrecusable, al senado *conservador*: en el decreto que he citado mas arriba habeis visto sus propias palabras: — «Considerando que la libertad de la prensa ha estado constantemente sometida á la censura arbitraria de su policía, y que al mismo tiempo siempre se ha servido de la prensa para llenar la Francia y la Europa de hechos disputados y máximas falsas; que actas y dictámenes oídos por el senado han sufrido alteraciones en la publicacion que de ellos se ha hecho, etc.» ¿Hay algo que responder á esta declaracion?

La vida de Bonaparte es una verdad incontestable, que la impostura se habia encargado de escribir.

CARACTER DE BONAPARTE.

Un orgullo monstruoso y una afectacion incesante formaban el carácter de Napoleón. En el tiempo de su dominacion, ¿qué necesidad tenia de exagerar su estatura, cuando el Dios de los ejércitos le habia suministrado ese carro cuyas ruedas están vivas?

Tenia sangre italiana, y su naturaleza era compleja; los grandes hombres, familia muy reducida sobre la tierra, no encuentran desgraciadamente mas que á sí mismos para imitarse. A la vez modelo y copia, personaje real y actor representando este personaje, Napoleón era su propio mismo: él no se hubiera creído un héroe á no haberse disfrazado con los vestidos de ese héroe. Esta extraña debilidad dió á sus sorprendentes realidades alguna cosa de falso y de equívoco: té-

mese tomar al rey de los reyes por Roscio ó á Roscio por el rey de los reyes.

Las cualidades de Napoleón están tan adulteradas en las *Gacetas*, versos, folletos y hasta en las canciones del imperialismo, que no es posible reconocerlas. Todo lo que se ha prestado de interesante á Bonaparte son habladurias que desmienten las acciones de su vida.

La *Grand-mere* de mi ilustre amigo Beranger, no es mas que un admirable Pont-Neuf. Bonaparte no tenia nada de amable, pues, dominacion personificada como era, tenia un aspecto seco, cuya frialdad servia de antidoto á su imaginacion ardiente; él no encontraba jamás en sí una palabra, sino un hecho dispuesto siempre á irritarse de la mas pequeña independencia: una mosca que volase sin orden suya, era á sus ojos un insecto rebelde. Y no era todo el mentir á los oídos; era preciso mentir á los ojos. Aquí, en un grabado, se ve á Bonaparte que se descubre ante los heridos austriacos; allá toca Napoleón á los apestados de Jaffa, y jamás se acercó á ellos, y en otro atraviesa el San Bernardo sobre un caballo fogoso, y en medio de torbellinos de nieve, y hacia el tiempo mas hermoso del mundo.

¿No se quiere transformar hoy al emperador en un romano de los primeros dias del Monte Aventino, en un misionero de libertad, en un ciudadano que no institua la esclavitud sino por amor á la virtud contraria? Juzgad por estos dos rasgos del gran fundador de la igualdad. Ordenó invalidar el matrimonio de su hermano Gerónimo con la señorita Paterson, porque el hermano de Napoleón no podia aliarse sino con sangre de príncipes; mas tarde, á su vuelta de Elba, reviste la nueva constitucion *democrática* con una cámara de pares y la corona con el *acta adicional*.

Que Bonaparte, continuador de los triunfos de la república, sembrase por todas partes principios de independencia; que sus victorias ayudasen á la relacion de los lazos entre los pueblos y los reyes, y arrancasen estos pueblos al poder de las viejas costumbres y de las antiguas ideas; que en este sentido haya contribuido á la libertad social, son cosas que no pretendo poner en duda; pero que de propia voluntad haya trabajado á ciencia cierta en la independencia política y civil de las naciones; que haya establecido el despotismo mas estrecho en la idea de dar á la Europa, y particularmente á la Francia, la constitucion mas lata; que no haya sido mas que un tribuno disfrazado de tirano, estas son suposiciones que me es imposible adoptar.

Bonaparte, como la raza de los príncipes, solo ha querido y buscado el poder, llegando á él, sin embargo, al través de la libertad. La revolucion, que era la nodriza de Bonaparte, no tardó en presentarsele como una enemiga: el emperador, por lo demás, conocia muy bien el mal, cuando el mal no venia directamente del emperador, porque no estaba desprovisto de sentido moral. El sofisma, establecido hoy sobre el amor de Bonaparte á la libertad, no prueba mas que una cosa: el abuso que se puede hacer de la razon, y que hoy se presta á todo. ¿No se dice hoy que el terror fue un tiempo de humanidad? En efecto, ¿no se pedia la abolicion de la pena de muerte cuando á tanta gente se mataba? ¿Los grandes civilizadores, como se les llama, no han inmolado siempre hombres, y no es por esto por lo que se prueba que Robespierre era el continuador de Jesucristo?

El emperador se ocupaba de todas cosas, y jamás descansaba su inteligencia, pues tenia una especie de agitacion perpetua de ideas. En la impetuosidad de su naturaleza, en vez de llevar un paso franco y continuo, avanzaba dando saltos sobre el universo, y nada queria de este, si habia de verse obligado á esperar. Ser incomprendible, que encontraba el secreto de rebajar sus mas culminantes acciones, desdeñando-

las, y de alzar hasta su altura sus actos menos elevados. Impaciente de voluntad, paciente de carácter, incompleto y como inacabado, Napoleón tenia vacíos en su genio: su entendimiento se parecia al cielo de ese otro hemisferio, bajo el cual debia ir á morir, á ese cielo, cuyas estrellas están separadas por espacios vacíos.

Pregúntase por qué prestigio Bonaparte, tan aristócrata y enemigo del pueblo, pudo llegar á la popularidad de que gozó; porque, ciertamente, este fabricante de yugos ha permanecido popular en un país cuya pretension ha sido levantar altares á la independencia y á la igualdad: hé aquí la solucion del enigma.

Una experiencia diaria hace reconocer que los franceses se inclinan instintivamente al poder; no aman la libertad, y solo la igualdad es su idolo; pero la igualdad y el despotismo tienen alianzas secretas. Bajo estos dos aspectos, Napoleón tenia su origen en el corazón de los franceses, militarmente inclinados al poder, democráticamente adictos á la igualdad. Subido al trono, allí hizo sentarse al pueblo con él; rey proletario, humilló á los reyes y á los nobles en las antenas, y niveló las clases, no rebajándolas, sino elevándolas. Otra causa de la popularidad de Bonaparte está en la afliccion de sus últimos dias. Despues de su muerte, y á medida que se conoció mejor lo que habia sufrido en Santa Elena, comenzaron á enternecerse, y se olvidó su tiranía para acordarse de que despues de haber vencido á nuestros enemigos y en seguida haberlos traído á Francia, nos defendió contra ellos; su fama provino de su infortunio, su gloria se aprovechó de su desgracia.

En fin, los milagros de sus armas han encantado á la juventud, enseñándonos á adorar la fuerza brutal. Su inaudita fortuna ha dejado á cada ambicion la esperanza de llegar á donde él habia llegado.

Y sin embargo, este hombre, tan popular por el nivel que habia tendido sobre la Francia, era el enemigo mortal de la igualdad y el mas grande organizador de la aristocracia en la democracia.

Yo no puedo convenir en los falsos elogios con que se insulta á Bonaparte queriendo justificar su conducta; yo no puedo renunciar á mi razon, ni extasiarme ante lo que me causa lástima ú horror.

Si he conseguido expresar lo que he sentido, será mi retrato una de las primeras figuras de la historia; pero nada he adoptado de esa criatura fantástica compuesta de mentiras; mentiras que yo he visto nacer, y que, tenidas al principio por lo que eran, han pasado con el tiempo al estado de verdad por la infatuacion y la imbecil credulidad humana. Yo gusto de pintar los personajes en conciencia, sin quitarles lo que tienen, sin darles lo que no tienen.

Tal es el embarazo que causa al escritor imparcial una brillante fama: él la separa cuanto puede á fin de ponerla en descubierto, pero viene la gloria como un vapor radiante, y cubre al instante el cuadro.

SI BONAPARTE NOS HA DEJADO EN FAMA LO QUE NOS HA QUITADO EN FUERZA.

Por no confesar la aminoracion de territorio y de poder que debemos á Bonaparte, la generacion actual se consuela figurándose que lo que nos ha quitado en fuerza nos lo ha devuelto en ilustracion: — «¿No somos ahora, dice, famosos en los cuatro ángulos de la tierra? ¿Un francés, no es temido, conocido y buscado en todas partes?»

¿Pero estamos colocados entre estas dos condiciones, ó la inmortalidad sin poder, ó el poder sin inmortalidad? Alejandro hizo conocer al universo el nombre de los griegos: la lengua y la civilizacion de los helenos se extendió del Nilo á Babilonia, y de Babilonia al Indo, y á su muerte, su reino patrimonial

de Macedonia, lejos de estar dismuido, habia multiplicado su fuerza. Bonaparte nos ha hecho conocer en todas las riberas, mandados por él, los franceses derribaron tanto la Europa á sus piés, que la Francia prevalece aun por su nombre, y el arco de la Estrella puede alzarse sin parecer un pueril trofeo; pero antes de nuestros reveses, este monumento hubiera sido un testigo, en vez de no ser mas que una crónica. ¿Acaso Dumouriez no habia dado al extranjero las primeras lecciones, Jourdan ganado la batalla de Fleurus, Pichegru conquistado la Bélgica y la Holanda, Hoche pasado el Rhin, Massena triunfado en Zurich, Moreau en Hohenlinden, empresas todas las mas difíciles de obtener, y que preparaban las otras? Bonaparte ha dado un cuerpo á estos triunfos esparcidos, los ha continuado y los ha hecho brillar; pero sin estas primeras maravillas, ¿hubiera obtenido las últimas?

La ilustracion de nuestro soberano no nos ha costado mas que doscientos ó trescientos mil hombres al año, y solo le hemos pagado tres millones de nuestros soldados. ¿Valen ser contadas estas bagatelas? ¿No están resplandecientes las generaciones que han venido despues? ¿Tanto peor para aquellos que han desaparecido! Las calamidades en tiempo de la república sirvieron para la salvacion de todos: nuestras desgracias en tiempo del imperio han hecho mas: ¡edificaron á Bonaparte! Esto nos basta.

Pero no me basta á mí, ni me rebajaré hasta ocultar mi nacion detrás de Bonaparte: él no ha hecho la Francia; la Francia le ha hecho á él. Ningun talento, ninguna superioridad me llevará jamás á consentir en el poder que puede con una palabra privarme de mi independencia, de mis hogares y de mis amigos: si no digo de mi fortuna y de mi honor, es porque la fortuna no me parece valer la pena de que se la defienda, y en cuanto al honor, este se escapa de la tiranía, pues, como el alma de los mártires, los lazos lo rodean, pero no lo aprisionan.

El mal que la verdadera filosofía no perdonará jamás á Bonaparte, es haber acomodado la sociedad á la obediencia pasiva, rechazado la humanidad hácia los tiempos de degradacion moral, y tal vez bastardeado los caracteres de manera que sea imposible decir cuándo comenzarán á palpar los corazones con sentimientos generosos. La debilidad en que estamos sumidos con respecto á nosotros mismos y con respecto á la Europa, y nuestro decaimiento actual, son la consecuencia de la esclavitud napoleónica: nada me sorprenderia si se nos viese en el malestar de nuestra impotencia parapetarnos contra la Europa en vez de salir á buscarla, soltar nuestras franquicias en lo interior para librarnos en lo exterior de un terror quimérico, y extraviarnos en innobles previsiones contrarias á nuestro genio y á los catorce siglos de que se componen nuestras costumbres nacionales.

El despotismo que Bonaparte ha dejado en el aire, bajará sobre nosotros convertido en fortalezas.

Hoy es moda acoger la libertad con risa sardónica y mirarla como antigualla caída en desuso con el honor. Yo no estoy á la moda, y pienso que sin la libertad no hay nada en el mundo: aunque deba ser el último en defenderla, nunca dejaré de proclamar sus derechos.

Asaltar á Napoleón en nombre de cosas pasadas, atacarlo con ideas muertas, es prepararle nuevos triunfos. Solo puede combatirle con alguna cosa mas grande que él: con la libertad; él se ha hecho culpable para con ella, y por consecuencia para con el género humano.

INUTILIDAD DE LAS VERDADES ARRIBA EXPUESTAS.

¡Vanias palabras! Mejor que nadie conozco su inutilidad. Ahora toda observacion, por moderada que

sea, es reputada como profanadora: se necesita valor para desafiar los gritos del vulgo, para no temer hacerse tratar de inteligencia limitada, incapaz de comprender y de sentir el genio de Napoleón, por el único motivo de que en medio de la admiración viva y verdadera que se profesa hacia él, no se puede, sin embargo, incensar todas sus imperfecciones. El mundo pertenece á Bonaparte; lo que el destructor no había podido concluir de conquistar, su fama lo usurpa: vivo, le ha faltado el mundo; muerto, lo posee. Mal haceis en reclamar, pues las generaciones pasan sin escucharos. La antigüedad hace decir á la sombra del hijo de Priamo: «No juzgues á Hector según su miserable tumba: la Iliada, Homero, los griegos en fuga: hé aquí mi sepulcro: yo estoy enterrado bajo todas estas grandes acciones.»

Bonaparte no es ya el verdadero Bonaparte, sino una figura de leyenda compuesta de las fantasías del poeta, de las veladas del soldado y de los cuentos del pueblo; es el Carlomagno y el Alejandro de las épocas de la edad media que hoy vemos. Este héroe fantástico permanecerá, siendo un personaje real, y desaparecerán los otros retratos. Bonaparte pertenecía tanto á la dominación absoluta, que después de haber sufrido el despotismo de su persona, nos hace sufrir ahora el despotismo de su memoria. Este último despotismo es más dominador que el primero, porque si se combatió algunas veces á Napoleón cuando estaba sobre el trono, hay un consentimiento universal en aceptar los hierros que nos dejó por su muerte. El es un obstáculo á los triunfos futuros: ¿cómo un poder salido de los campamentos podría establecerse á su lado? ¿No ha dado muerte, á toda gloria militar sobrepujándola? ¿Cómo podrá nacer un gobierno libre, cuando ha corrompido en todos los corazones el principio de toda libertad? Ningún poder legítimo puede ya arrojar del espíritu del hombre el espectro usurpador: el soldado y el ciudadano, el republicano y el monárquico, el rico y el pobre, colocan igualmente los bustos y los retratos de Napoleón en sus hogares, en sus palacios ó en sus cabañas: los antiguos vencidos están de acuerdo con los antiguos vencedores; no puede darse un paso en Italia sin que se le encuentre, ni puede penetrarse en Italia sin que se le vea; porque en este país la generación joven que le rechazó ha pasado ya. Los siglos se sientan ordinariamente ante el retrato de un grande hombre, y le concluyen por un trabajo largo y sucesivo. El género humano no ha querido esperar esta vez; pero ya es tiempo de colocar la parte defectuosa del ídolo en frente de la acabada.

Bonaparte no es grande por sus palabras, ni por sus discursos, ni por sus escritos, ni por su amor á las libertades, que jamás tuvo ni jamás intentó establecer: es grande por haber creado un gobierno regular y poderoso, un código de leyes adoptado en diversos países, tribunales de justicia, escuelas, una administración fuerte, activa, inteligente y sobre la cual aun vivimos; es grande por haber resucitado, ilustrado y conducido superiormente la Italia; es grande por haber hecho renacer en Francia el orden del seno del caos, por haber reedificado los altares, por haber reducido al orden á furiosos demagogos, á orgullosos sabios, á volterianos ateos, á oradores de plaza, á asesinos de cárceles y de calles, á clubs de cadalsos; es grande por haber encadenado una turba anárquica, y por haber forzado á soldados iguales suyos y á capitanes que eran sus gefes ó sus rivales, á doblegarse á su voluntad; y sobre todo por haber nacido de sí propio; por haber sabido hacerse obedecer de treinta y seis millones de súbditos en época en que ningún prestigio rodeaba los tronos; por haber deshecho todos los ejércitos, cualquiera que fuese la diferencia de su fortuna y de su valor; por haber enseñado su nombre á los pueblos salvajes como á los

pueblos civilizados; por haber sobrepujado á todos los vencedores que le precedieron, y por haber llenado diez años con tales prodigios, que apenas hoy se pueden comprender.

El famoso delincuente en materia triunfal ya no existe; los pocos hombres que todavía comprenden los sentimientos nobles pueden rendir homenaje á la gloria sin temerla; pero sin arrepentirse de haber proclamado lo que esta gloria tuvo de funesta, sin reconocer al destructor de las independencias por el padre de las emancipaciones. Napoleón no tiene ninguna necesidad de que se le presten méritos, pues fue bastante dotado de ellos al nacer.

Vamos ahora á verle morir: ¡dejemos la Europa; sigámosle bajo el cielo de su apoteosis! El estremecimiento de los mares nos indicará el lugar de su desaparición: «En la extremidad de nuestro hemisferio se oye, dice Tácito, el ruido que hace el sol al sumergirse, *sonum insuper immergentis audiri.*»

ISLA DE SANTA ELENA.—BONAPARTE ATRAVIESA EL ATLÁNTICO.

Juan de Noya, navegante portugués, había perdido el rumbo en las aguas que separan el África de la América en su viaje de 1502: el 18 de agosto, día de Santa Elena, madre del primer emperador cristiano, encontró una isla á los 16 grados de latitud y á los 41 de longitud meridional, desembarcó en ella, y le dió el nombre de la santa, en cuyo día la había descubierto.

Los portugueses frecuentaron aquella isla durante algunos años, pero se cansaron de sus pocos recursos; establecieron en ella los holandeses, quienes la abandonaron también por el cabo de Buena-Esperanza, dejando su posesión á la compañía inglesa de las Indias; volvieron los holandeses á tomarla en 1672, y por último, ocupáronla otra vez los ingleses, y se fijaron definitivamente en sus bosques.

Cuando Juan de Noya arribó á Santa Elena, el interior del país no era más que un desierto. Fernando Lopez, renegado portugués, que fue deportado á la isla, la pobló de vacas, cabras, gallinas y otras aves de las cuatro partes del mundo, introduciendo en ella como Noé en su arca, animales de todas las especies que produce la tierra.

Quinientos blancos, mil quinientos negros y mulatos, javaneses y chinos componen la población de Santa Elena, cuyo puerto y ciudad principal es Jamestown, adonde arribaban de vuelta de las Indias los convoyes de la compañía, antes que los ingleses se hiciesen dueños del cabo de Buena-Esperanza. Los marineros extendían el contenido de sus pacotillas al pie y á la sombra de las palmeras, y un bosque inmenso, mudo y solitario se convertía, una vez al año, en una feria animada, lucrativa y bulliciosa.

El clima de la isla es sano, aunque lluvioso, pues aquel escollo de Neptuno, cuya circunferencia solo tiene de siete á ocho leguas, aspira sin cesar los húmedos vapores del Océano. El sol del Ecuador abrasa en las altas horas del día todo cuanto allí respira, obliga al silencio y al reposo hasta á los mosquitos, y hace que los hombres y los animales se oculten de sus inflamados rayos para no sofocarse. Las olas se iluminan durante la noche con los reflejos de la *lux marina*, producida por inmensas cohortes de insectos, cuyos amores, electrizados por las tempestades, espárcen en la superficie engañosa del abismo los resplandores y el brillo de una boda universal. La sombra de la isla, fija y oscura, se destaca entonces en medio de aquella inquieta llanura sembrada de diamantes. No es menos magnífico el espectáculo que presenta la bóveda celeste, según la expresión de mi sabio y célebre amigo Mr. de Humboldt en sus *Viajes á las regiones equinocciales*. «Se experimenta,

dice, no sé que sentimiento desconocido cuando al aproximarse al Ecuador, y particularmente en el paso de un hemisferio á otro, se vé cómo bajan progresivamente y al fin desaparecen las estrellas que conocemos desde nuestra infancia. Se echa de ver que hemos salido de Europa al notar que se eleva en el horizonte la inmensa constelación del *Navio*, ó las fosforescentes nubes del *Magallan*.

»Hasta la noche del 4 al 5 de julio, prosigue diciendo, no pudimos ver claramente en el primer viaje la *cruz del Sur*, hallándonos en la latitud de 16 grados.

»Entonces me acordé de aquel sublime trozo de Dante, que los más célebres comentadores han aplicado á esta constelación:

Io mi volsi a man destra etc.

»Los españoles y portugueses conservan una especie de culto á esa estrella, cuya figura les trae á la memoria el signo de la fe, que llevaron sus antepasados á las más apartadas regiones del nuevo mundo.»

Los poetas de Francia y de la antigua Lusitania han colocado mil ficciones elegíacas en las orillas del Melindro y de las islas que lo rodean, ¡pero cuánto distan esos dolores poéticos de los tormentos reales de Napoleón, bajo aquellos astros predichos por el cantor de Beatriz, y en aquellos mares de Eleonora y de Virginia! ¿Acordábanse por ventura los patricios de Roma, deportados á las islas de la Grecia, de los encantos de sus ríos y de las divinidades de Creta y de Naxos? Lo que extasiaba á Vasco de Gama y á Camoens no podía conmover á Bonaparte: reconstado en la popa del navio no se cuidaba de que encima de su cabeza brillaban constelaciones desconocidas, cuyos resplandores se cruzaban por la primera vez con sus miradas. ¿Qué le importaban aquellos astros que nunca había observado desde sus tiendas de campaña, ni habían iluminado su imperio? Y sin embargo, ninguna estrella ha faltado á su destino, pues la mitad del firmamento iluminó su cuna, y la otra quedó en reserva para asistir á la pompa de su sepulcro.

Las aguas que atravesaba Napoleón no eran aquellas que le condujeran de las playas de Córcega, de los arenales de Abouquir, de las rocas de la isla de Elba, á la ribera amiga de Provenza; era el enemigo Océano, que después de haberle encerrado en Alemania, Francia, Portugal y España, solo se abría en su camino para volverse á cerrar después de su paso. Es probable que al contemplar la marcha del navio impulsado por las olas y por la fuerza del viento no acudiesen á su mente, respecto á su propia catástrofe, las reflexiones que ella le inspira, porque todos los hombres examinan su vida de distinto modo, y aquel que ofrece al mundo un grande espectáculo de felicidad ó desventura, queda al fin menos aleccionado que los testigos de su poder ó de su miseria. Ocupándose de la pasada grandeza, como si esta pudiese volver á halagarle, esperando todavía en sus recuerdos, apenas se apercibió Bonaparte de que atravesaba la línea equinoccial, y no preguntó qué mano había trazado aquellos círculos, en que los diferentes globos se ven precisados á girar eternamente.

El 15 de agosto celebró la colonia errante el día de San Napoleón á bordo del navio que iba á dejar al emperador en su última morada, y el 15 de octubre se hallaba el *Northumberland* á la altura de Santa Elena. El pasajero subió al puente, y divisó con trabajo un punto negro apenas perceptible en aquella azulada inmensidad; echó mano al anteojó y observó aquel pedazo de tierra, como hubiera observado en otro tiempo una fortaleza en un lago; vió por fin distintamente el solitario presidio de Saint-James encajonado entre

dos escapadas rocas y cubierto de artillería por todas partes, como si tratase de recibir al gran cautivo, según el espíritu guerrero que este había desplegado durante su vida.

El 16 de octubre de 1815 entró Bonaparte en el escollo que debía servirle de mausoleo, así como el 12 de octubre de 1492 llegó Cristóbal Colón al nuevo mundo, que fue el monumento de su gloria. «Allí, dice Walter Scott, en la entrada del Océano indio, estaba privado Bonaparte de los medios de llevar á efecto un segundo *avatar* ó encarnación en la tierra.»

NAPOLEÓN DESEMBARCA EN SANTA ELENA.—SE ESTABLECE EN LONGWOOD.—SU VIDA EN ESTA RESIDENCIA.

Antes de establecerse en Longwood ocupó Bonaparte una casa en *Briars*, cerca de *Balcomb's cottage*: por fin se hicieron en el primer punto las reparaciones precisas por los carpinteros de la escuadra inglesa, y el 9 de diciembre pasó á ocuparlo su huésped. La casa, situada en una eminencia formada por montañas, se componía de una sala, comedor, biblioteca, gabinete de estudio y dormitorio. Poco era esto, á la verdad, aunque los que habitaron la torre del Temple y el torreón de Vincennes se hallaban peor alojados: al menos obtuvieron la gracia de que se abreviase su cautividad. El general Gourgaud, el conde de Montholon con su esposa y sus hijos, monsieur de las Casas con el suyo, se acamparon provisionalmente en tiendas: el mariscal Bertrand y su señora se establecieron en *Hut's gate*, especie de cabaña en los límites del terreno de Longwood.

Bonaparte podía pasearse por una extensión de doce millas: este espacio estaba siempre guardado por centinelas, y también se habían colocado vigías en todas las alturas. El león era dueño de llevar más adelante sus incursiones por el terreno; pero en este caso tenía que resignarse á que le acompañase un vigilante inglés. Dos puestos de guardias defendían el recinto del cautivo, y por la noche se estrechaban las centinelas alrededor de Longwood. A las nueve ya no podía salir Napoleón; rondaban incansables patrullas, y soldados de caballería é infantería apostados, á corta distancia unos de otros, en la llanura y en el bosque, guardaban todas las sendas que conducían al campo. Dos bergantines de guerra cruzaban constantemente en torno de la isla... ¡Cuántas precauciones para custodiar á un hombre solo en medio de los mares! Después de puesto el sol ninguna embarcación podía salir del puerto; contábanse las barcas de los pescadores, y se las hacía permanecer toda la noche amarradas al muelle, bajo la responsabilidad de un oficial de marina. El soberano generalísimo, que había tenido á la Europa pendiente del estribo de su caballo, recibió la orden de comparecer dos veces al día ante un oficial subalterno; pero Bonaparte no quiso someterse á esta humillación, y cuando por casualidad no podía evitar las miradas del espía de servicio, este no hubiera acertado á decir dónde y cómo había visto al hombre, cuya ausencia era más difícil hacer constar al universo que en probarle su presencia.

Sir Georges Cockburn, autor y ejecutor de aquellas severas precauciones, fue relevado por sir Hudson Lowe. Desde entonces comenzó la serie de tormentos y de miserias que leemos en todas las *Memorias*, en todos los recuerdos de Santa Elena. Si hemos de creer á las primeras, el nuevo gobernador pertenecía á la familia de las enormes arañas de la isla, á la del más bajo reptil de aquellos bosques, en los cuales no se anida la serpiente. A la Inglaterra faltó elevación en su política, y á Napoleón dignidad en su desgracia. A fin de poner término á unas exigencias de etiqueta que herían su orgullo, parecía decidido á veces Bo-

naparte á ocultarse bajo el pseudónimo como un monarca en país extranjero, y aun imaginó tomar el nombre de uno de sus ayudantes de campo, muerto en la batalla de Arcola. La Francia, el Austria y la Rusia nombraron comisarios para la residencia de Santa Elena, cuyo cautivo estaba acostumbrado á recibir á los embajadores de las dos últimas potencias; pero la legitimidad, que nunca había reconocido á Napoleón como emperador, hubiera obrado con mas nobleza sino le hubiese reconocido tampoco como prisionero.

Se construyó en Londres una espaciosa casa, que fue transportada á Santa Elena, pero Napoleón, cuya salud no era buena, no pudo habitarla. Su vida en Longwood era la siguiente: se levantaba sin hora fija, y antes que lo efectuase, le leía en voz alta monsieur Marchand, su ayuda de cámara, alguno de sus autores favoritos: despues de levantarse dictaba á los generales Montholon y Gourgaud y al hijo del conde de las Casas. Almorzaba á las diez; se paseaba á caballo ó en carruaje hasta las tres, volvía á casa á las seis y se acostaba á las once. Afectaba vestirse del mismo modo que se advierte en el retrato de Isabey, y por las mañanas se envolvía en su bata, cubriéndose la cabeza con un pañuelo de la India.

VISITAS.

Santa Elena está situada entre los dos polos. Los navegantes que pasan de un lugar al otro saludan esta primera estacion, donde la tierra distrae las miradas fatigadas del espectáculo del Océano, y ofrece frutas y la frescura del agua dulce á bocas irritadas por la sal. La presencia de Bonaparte había trocado esta isla de promision en una roca apesada: los buques extranjeros ya no abordaban allí, y apenas los divisaban á veinte leguas de distancia, salía un crucero á reconocerlos, intimándoles pasasen de largo, y no se admitía á puerto, á menos de una tormenta, sino á los buques de la marina británica.

Algunos de los viajeros ingleses que venían de admirar, ó que iban á ver las maravillas del Ganges, visitaban en el camino otra maravilla. La India, acostumbrada á los conquistadores, tenía uno encadenado á sus puertas.

Napoleón admitía estas visitas con pena; pero consintió en recibir á lord Amherst á la vuelta de su embajada de China. El admirante sir Pultney-Malcolm le agradó, y le dijo un día: «Tiene vuestro gobierno la intención de tenerme en esta roca hasta mi muerte?—El admirante respondió que así lo temía.—Entonces llegaré pronto mi muerte.—Espero que no, caballero; pues vivireis bastante tiempo para escribir vuestras grandes acciones; y como estas son tan numerosas, la tarea os asegura una larga vida.»

No chocó á Bonaparte esta simple apelación de *caballero*: en este momento se reconoció por su verdadera grandeza. Felizmente para él, no ha escrito su vida; pues lo hubiese hecho mal: los hombres de esa naturaleza deben dejar que cuente sus memorias esa voz desconocida que no pertenece á nadie, y que sale de los pueblos y de los siglos. Solo á nosotros, vulgo que somos, es permitido hablar de nosotros mismos, pues sin ello nadie hablaría.

El capitán Basil-Hall se presentó en Longwood, y acordándose Bonaparte de haber visto al padre del capitán en Brienne, le dijo: «Vuestro padre era el primer inglés á quien había visto, y por eso he conservado su recuerdo toda mi vida.» En seguida conversó con el capitán sobre el reciente descubrimiento de la isla de Lon-Tchon, y el capitán le dijo: «Los habitantes no tienen ninguna clase de armas.—¿Cómo; exclamó Bonaparte.—Ni cañones, ni fusiles.—¿Pero al menos tendrán lanzas, arcs y flechas?—Nada de eso.—Ni puñales?—Ni puñales.—¿Pues cómo se ba-

ten?—Ellos ignoran todo lo que pasa en el mundo; no saben que la Francia y la Inglaterra existen, y jamás han oído hablar de V. M.» Bonaparte se sonrió de una manera que chocó al capitán: mientras mas serio es el rostro, es mas hermosa la sonrisa.

Estos diversos viajeros notaron que no se presentaba ninguna huella de color en el semblante de Bonaparte: su cabeza se parecía á su busto de mármol, cuya blancura hubiera amarilleado ligeramente por el tiempo. Ni la frente arrugada, ni las mejillas hundidas, su alma parecía tranquila, y esta calma aparente hizo creer que la llama de su genio había volado. Hablaba con lentitud, su expresion era afectuosa y casi tierna, y algunas veces lanzaba miradas brillantísimas; pero tal estado pasaba pronto, y sus ojos se velaban y se ponían tristes.

¡Ah! Sobre estas riveras habían comparecido en otro tiempo viajeros conocidos de Napoleón.

Despues de la explosion de la máquina infernal, un senado-consulta de 5 de enero de 1801 pronunció sin juicio, por simple medida de policía, el destierro á ultramar de ciento treinta republicanos: embarcados en la fragata *Chiffonne* y en la corbeta *Fleche*, fueron conducidos á las islas Sechelles y dispersados poco despues en el archipiélago de los Comores, entre el Africa y Madagascar, donde murieron casi todos. Dos de los deportados, Lefranc y Sannois, que consiguieron fugarse en un buque americano, tocaron en 1803 en Santa Elena: aquí era donde doce años mas tarde debía encerrar la Providencia á su grande opresor.

El famoso general Rossignol, su compañero de infortunio, exclamó un cuarto de hora antes de su último suspiro: «Muerdo martirizado por los mas horribles dolores; pero moriría contento si pudiese saber que el tirano de mi patria sufriría los mismos padecimientos.» De este modo llegaban hasta el otro hemisferio las imprecaciones de la libertad contra él.

MANZONI.—ENFERMEDAD DE BONAPARTE.—OSSIAN.—MEDITACIONES DE NAPOLEÓN Á VISTA DEL MAR.—PROYECTOS.—ÚLTIMA OCUPACION DE BONAPARTE.—SE ACUESTA Y NO SE LEVANTA.—DICTA SU TESTAMENTO.—SENTIMIENTOS RELIGIOSOS DE NAPOLEÓN.—EL LIMOSNERO VIGNALI.—NAPOLEÓN Y SU MÉDICO.—RECIBE LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS.—ESPIRA.

La Italia, arrancada á su largo sueño por Napoleón, volvió los ojos hácia el ilustre hijo que la quiso devolver á su gloria y con el cual volvió á caer bajo el yugo. Los hijos de las Musas, los mas agradecidos de los hombres, cuando no son los mas viles y los mas ingratos, miraban á Santa-Elena. El último poeta de la patria de Virgilio cantaba el último guerrero de la patria de César:

Tutto vi provo, la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga et la vittoria
La reggia e il triste esiglio:
Due volte nella polvere,
Due volte sugli altar.

Ei si nomo; due secoli,
L'un contro l'altro armato,
Sommessi á lui si volsero,
Come aspettando il fato:
Ei fe silenzio ed arbitro
S'assise in mezzo á lor.

Experimentó, dice Manzoni la mas alta gloria despues del peligro, la fuga, y el triunfo la monarquía y el triste destierro: dos veces se vió humillado en el polvo y dos veces puesto sobre un altar.

Pronunció su nombre: dos siglos armados el uno contra el otro se sometieron contemplándolo pendientes de su voluntad: impuso silencio y se sentó como árbitro en medio de ellos.

Bonaparte se acercaba á su fin; roído por una llaga interior, envenenada por las penas, y que también le había acompañado en medio de la prosperidad: esa era la única herencia que recibió de su padre: el resto le provenía de las munificencias de Dios.

Ya contaba seis años de destierro; menos había necesitado para conquistar la Europa. Casi siempre estaba encerrado, y leía á Ossian de la traduccion italiana de Cesarotti: todo le entristecía bajo un cielo donde la vida le parecía mas corta, durante el sol tres días menos en ese hemisferio que en el nuestro. Cuando Bonaparte salía, recorría los senderos escabrosos, rodeados de aloes y de árboles odoríferos, y se paseaba entre los bosquecillos de flores raras que los vientos generosos hacían inclinar hácia el mismo sitio en que él se ocultaba. Veíasele sentado sobre las bases del *Pico de Diana* del *Floy Staff*, del *Leader Hill*, contemplando la mar por las brechas de las montañas. Ante él se extendía ese Océano que por una parte baña las costas de Africa, por otras las riberas americanas, y que va como un río sin orillas, á perderse en los mares australes. Ninguna tierra civilizada mas vecina que el cabo de las Tempestades. ¿Quién dirá los pensamientos de este Prometeo desgarrado vivo por la muerte, cuando, apoyada su mano sobre el dolorido pecho, pasaba sus miradas sobre las olas?

El Cristo fue transportado á la cima de una montaña, desde donde vió los reinos del mundo; mas para el Cristo estaba escrito al seductor del hombre: «Tú no tentarás al Hijo de Dios.»

Ovidando Bonaparte un pensamiento suyo, que ya he citado (*No habiéndome dado la vida, no me la quitaré jamás*), hablaba de matarse, y tampoco se acordaba de su *orden del día* con motivo del suicidio de uno de sus soldados. El esperaba bastante en la adhesion de sus compañeros de cautiverio para creer que consentirían en asfixiarse con él al vapor de un brasero: la ilusion era grande. Tal es la embriaguez de una larga dominacion; pero en las impaciencias de Napoleón no debe considerarse mas que el grado de sufrimientos á que había llegado. Habiendo escrito Mr. de las Casas á Luciano sobre un pedazo de seda blanca, en contravencion á los reglamentos, recibió la orden de salir de Santa-Elena; su ausencia aumentó el vacío enredor del desterrado.

El 18 de mayo de 1817, lord Holland hizo una interpelacion en la cámara de los Pares con motivo de las quejas trasmitidas á Inglaterra por el general Montholon, y dijo: «La posteridad no examinará si Napoleón ha sido justamente castigado de sus crímenes, sino si la Inglaterra ha mostrado la generosidad que convenia á una gran nacion.» Lord Bathurst combatió la mocion.

El cardenal Fesch despachó de Italia dos sacerdotes á su sobrino. La princesa Borghese solicitaba el favor de reunirse á su hermano.—«No, dijo Napoleón: yo no quiero que sea testigo de mi humillacion y de los insultos á que estoy expuesto.» Esta hermana amada, *germana Jovis*, no atravesó los mares, y murió en los lugares en que Bonaparte había dejado su fama.

Formáronse proyectos de raptó: un coronel, Latapie, á la cabeza de una banda de aventureros americanos; meditaba un desembarco en Santa-Elena. Jhonston, atrevido contrabandista, intentó robar á Napoleón por medio de un buque submarino. Algunos lores jóvenes entraban en estos proyectos y se conspiraba por romper las cadenas del opresor. Bonaparte esperaba su libertad de los movimientos políticos de la Europa, y á vivir hasta 1830, tal vez hubiera vuelto á reinar: ¿pero qué hubiera hecho entre nosotros? Habría parecido caduco y atrasado en medio de las nuevas ideas. Pero Bonaparte, debilitado, solo se ocupaba ya como un niño, divirtiéndose en cavar en su jardín un pequeño estanque, donde metió algunos

peces: habiendo alguna parte de cobre en el revestimiento del estanque, se murieron los peces, y dijo Bonaparte: «Todo lo que se adhiere á mí es herido de muerte.»

A fines de febrero de 1821 Napoleón se vió obligado á meterse en cama para no levantarse mas.—«¡Bastante caído estoy, murmura; antes removía el mundo, y ahora no puedo levantar los párpados!» Bonaparte no creía en la medicina, y se oponía á una consulta de Antomarchi con médicos de Jamestown; mas sin embargo, admitió junto á su lecho de muerte al doctor Arnold. Del 15 al 25 de abril dictó su testamento, y el 28 ordenó se enviase su corazón á María Luisa, prohibiendo á todo cirujano inglés que pusiesen manos sobre su cadáver. Persuadido de que succumbía á la enfermedad de que muriera su padre, encargó entregasen al duque de Reichstadt el acta de la autopsia. Esta enseñanza paternal ha sido inútil, pues Napoleón II ha ido á unirse con Napoleón I.

En esta última hora se despertó el sentimiento religioso de que siempre estuviera penetrado Bonaparte. Thibandeu cuenta en sus *Memorias sobre el Consulado* que el primer cónsul le había dicho, con motivo del restablecimiento del culto: «El domingo último, en medio del silencio de la naturaleza me paseaba yo en estos jardines (de Malmaison); el sonido de la campana de Rueil vino á herir de repente en mi oído, y renovó todas las impresiones de mi juventud: yo me conmoví en extremo, y dije: «Si esto sucede en mí, ¿qué efecto no producirán semejantes recuerdos en hombres sencillos y crédulos? ¿Que vuestros filósofos respondan á esto!»..... Y levantando las manos al cielo, exclamó: «¿Quién es el que ha hecho todo esto?»

En 1797 por proclama de Macerata, autoriza Bonaparte la residencia de los sacerdotes franceses refugiados en los Estados del papa, prohibe se les inquiete, y manda á los conventos que los alimenten, asignándoles una pensión en dinero.

Sus variaciones en Egipto, sus cóleras contra la Iglesia, de quien era el restaurador, demuestran que un instinto de espiritualismo le dominaba, aun en medio de sus extravíos.

Dando á Vignali los detalles de la capilla mortuoria en que quería se colocasen sus despojos, creyó notar que su encargo desagradaba á Antomarchi, y explicándose con el doctor, le dijo: «Vos estais por cima de estas debilidades; pero, ¿qué quereis? yo no soy ni filósofo ni médico. Yo creo en Dios, soy de la religion de mi padre, y no es ateo quien quiere..... ¿Podeis no creer en Dios? Porque, en fin, todo proclama su existencia, y los mas grandes genios lo han creído... Sois médico... estas gentes no entienden mas que de la materia, y jamás creen en nada. Dejad de admirar á Napoleón, vosotros los titulados *espíritus fuertes* de esta época: nada teneis que hacer con ese pobre hombre. ¿No llegó á figurarse que vendría un cometa á buscarle, como el que en otros tiempos creyeron que se había llevado á César? Además Napoleón creía en Dios; era de la religion de su padre: no era filósofo, ni ateo: no había declarado como vosotros guerra al Eterno á pesar de no ser pocos los reyes que había vencido en los campos de batalla; en su concepto no había cosa que no proclamara la existencia del ser Supremo declaraba que los mas sublimes talentos habían creído en la existencia de Dios y que por su parte no quería apartarse de la creencia de sus padres. Por último ¡cosa estupenda! aquel primer hombre de los tiempos modernos, este hombre de todos los siglos, era cristiano en el siglo XIX. Su testamento comienza por esta cláusula:

Muerdo en la religion apostólica y romana, en cuyo seno nací hace ya mas de cincuenta años.

En el párrafo tercero del testamento de Luis XVI se lee: